

Los signos trascendentes

Tendencias y relatos de la nueva narrativa venezolana

Antonio López Ortega

Dentro de los movimientos, fases o etapas que han condicionado la evolución de la literatura occidental, Octavio Paz quiso ver en la segunda mitad de centuria ya concluida la hora de la irrupción de la literatura hispanoamericana. Si la primera mitad del siglo XX, recordaba el maestro mexicano, nos permitió acceder al mundo fascinante de la literatura rusa, la mitad restante marcaría el momento en que la literatura hispanoamericana encontraba al fin una audiencia más global. Operación más política o comercial que estética, esta llamada irrupción literaria parecía responder más a las estrategias editoriales de un Carlos Barral que a la verdadera cohesión de un programa discursivo del continente. Sin lugar a dudas, la novelística hispanoamericana de los años 60 fue la primera vitrina del museo viviente. A través de esas prodigiosas novelas, el mundo descubría una verdadera historia literaria –vigente al menos desde los cronistas de Indias o desde las primeras tentativas coloniales–, una historia que amanecía en el siglo XVI con las crónicas del deslumbramiento de un Bernal Díaz del Castillo o que asomaba sus primeros signos de madurez con el discurso mestizo de un Inca Gracilaso, una historia que fecundaron viajeros de toda índole y que quiso ser barroca en la prosa inteligente de Sor Juana Inés de la Cruz, una historia que se permitió postulados libertarios, escenas costumbristas, inventarios interminables de la flora y la fauna americanas, una historia que dejó de ser estéticamente receptora con el modernismo hispanoamericano (nuestra más fiel acepción de lo que en Europa fuere el romanticismo) y que comenzó a condicionar otras literaturas (pensemos solamente en las lecturas que García Lorca y toda la generación del 27 hicieron de Rubén Darío).

Cómo y por qué esa primera proyección se da en la década de los años 60 son preguntas que ya se han intentado responder. Confluyeron, sin duda, variables como el *tempo* político que introduce la revolución cubana y que demarca a todas las familias estéticas del continente, la búsqueda de un centro de comunicaciones (que bien podían ser París o Barcelona) donde los escritores pudieran reunirse y reconocerse más allá de las vicisitudes políticas (pensemos en la plataforma ideológica que amparaba proyectos como

el de la revista *Libre*), el oscurecimiento intelectual y editorial que prodi- gaba el franquismo y que daba pie a corrientes estéticas no peninsulares y, *last but not least*, la coincidencia en tiempo y espacio de un grupo de obras prodigiosas que, sin duda, señalaban la madurez de un movimiento, de una conciencia cultural. Esa explosión –o *boom*, como quiso llamarlo el grupo de editores que apostó a la difusión del movimiento– nos permitió ver hacia atrás (reconocíamos, de hecho, una historia y veíamos estas obras como un legado) y nos ha permitido también ver hacia adelante (como si ese momen- to nos hubiera dotado de un barómetro con el que medimos y seguimos midiendo la «presión atmosférica» o salud del movimiento). Lo cierto es que las obras de la literatura hispanoamericana circulan por nuestras manos con una vitalidad asombrosa. Como lectores, asistimos a revisiones o «des- cubrimientos» del pasado (algún autor o movimiento olvidado) o a la apa- rición de las nuevas tendencias narrativas o poéticas que esgrimen los más jóvenes autores. En dos recientes tentativas antológicas, *Las horas y las hordas* y *El turno y la transición*, ambas publicadas en 1997 por la edito- rial mexicana Siglo XXI, el crítico peruano Julio Ortega ha intentado un arriesgado esbozo de la «literatura que vendrá» compilando sendas mues- tras de narrativa y poesía e intentando descubrir desde ya, así sea germi- nalmente, las tendencias estéticas que dominarán la centuria que se inicia. Por lo demás, en el vasto campo de la recepción, no ha faltado la nota exó- tica que ha querido reservar esta literatura como el último bastión del ima- ginario de Occidente –ojo logocéntrico que sigue necesitando de bestiarios o plantas carnívoras para autoafirmarse. Sólo que los tiempos han sabido sedimentar tentativas como el realismo mágico o maravilloso y colocarlas en su justo lugar, demostrando quizás con ello que las novelas que aún cir- culan bajo ese empaque más parecen supervivencias editoriales que los estrategias del mercado quieren imponer que tendencias naturales de los últimos tiempos. Venga, no obstante, a colación la magistral sentencia de Jorge Luis Borges cuando admitía que en Occidente la literatura realista era de reciente data y que más nos debíamos al fuero fantástico que, desde las cosmogonías fundadoras hasta Maupassant o Stevenson, nos determina como cultura.

Como partícula de este sistema, como nudo de este entramado, la litera- tura venezolana es una figura expresiva más de la literatura hispanoameri- cana. Quizás menos conocida o estudiada que otras (como la mexicana o la argentina), quizás menos presente en los centros académicos norteamerica- nos o europeos (verdaderos mecanismos actuales de legitimación), quizás menos difundida por los centros editores que determinan hoy en día la cir- culación de las obras en lengua castellana, los movimientos de la literatura

venezolana en los últimos dos siglos pueden rastrearse –más en unos casos y menos en otros– como ecos de lo que sucedía en el continente. Tuvimos, por ejemplo, una prodigiosa literatura libertaria a comienzos del siglo XIX que permitió «traducir» en suelo venezolano todo el pensamiento del «siglo de las Luces» y fundar las bases de lo que fue la emancipación americana, tuvimos un organizador de la cultura y del idioma como Andrés Bello y un visionario crítico de las formas republicanas como Simón Rodríguez, tuvimos nuestros nativistas y costumbristas (acaso un eco tardío de los cronistas de Indias, empeñados aún en inventariar usos y costumbres), tuvimos a nuestro modo un modernismo (con la figura pionera de José Antonio Ramos Sucre) y una secuela de postmodernistas, tuvimos en las novelas de Teresa de la Parra y en las de Rómulo Gallegos dos acepciones, dos modelos de reapropiación de la realidad que se mostraba después de la prolongada dictadura de Juan Vicente Gómez. No obstante, la sensación de cuerpo organizado, de historia cifrada, se desconoce. Tentativas recientes –en el campo editorial y en el académico– procuran remedar este olvido y se conciben como verdaderos mecanismos de *puesta al día* tanto para los propios lectores hispanohablantes como para los demás. Sirva tan sólo de ejemplo el voluminoso tomo doble que la *Revista Iberoamericana* de la Universidad de Pittsburg (Vol. LX, 166-167) dedicara a la literatura venezolana en su entrega de junio de 1994.

Situada al extremo norte del continente suramericano, costa donde por primera vez Cristóbal Colón pisa tierra firme en agosto de 1498, región donde la monarquía española inicia una avanzada explotación perlífera y donde Bartolomé de las Casas, con el mejor temple evangélico, comienza a esbozar sus primeras ideas visionarias en torno a la condición del alma indígena, tierra que Carlos V entrega en comodato a sus acreedores welzares y que el alucinado Lope de Aguirre recorre en las postrimerías de su vida en busca de Eldorado, capitanía general que se consolida en el siglo XVIII y que prospera económicamente a costa de la exportación del cacao, del café y del tabaco, la historia republicana de Venezuela puede resumirse a los siglos XIX y XX. Sólo en 1821 Simón Bolívar logra sellar un destino para el país distinto al de la apacible colonia española y sólo a partir de 1830 el caudillo José Antonio Páez logra borrar las veleidades románticas de formar una «Gran Colombia» en lo que antes era el virreinato de Nueva Granada y que hubiera permitido fundir en un solo territorio y bajo una sola bandera lo que hoy es Colombia, Ecuador y Venezuela. Sí, entramos tarde en el siglo XIX y la llamada guerra de Independencia sólo fue el preámbulo de guerrillas de facciones que se prolongan durante todo el siglo, diezman al país y empobrecen su economía. La entrada en el siglo XX

tampoco fue tempranera y los historiadores coinciden en admitir que se produce en 1936, cuando fallece el dictador Juan Vicente Gómez y el país adivina las primeras formas de la democracia contemporánea.

Más allá de la consabida historiografía que parece diseñar un destino incólume para hombres, ideas y movimientos, puede imaginarse el territorio venezolano como una trama equilibrado de tensiones. Una primera tensión es la que recorre la larga línea costera del país desde la península de La Goajira –en el extremo occidental colindante con Colombia– hasta la desembocadura del milenario río Orinoco. Corresponde esta línea a los primeros asentos continentales, a los primeros desarrollos agrícolas, a los crecientes centros urbanos. Esta línea enfatiza nuestro destino costero, caribeño; quiere reconocer una arquitectura común al resto de los países de la región, una idiosincrasia, un humor abierto y jocoso. De hecho, la concentración poblacional del país es básicamente costera y se desplaza de un punto a otro conforme a sus necesidades. Una segunda tensión –periférica, oscura, organizada– es la que se concentra en el ramal montañoso que se desprende del espinazo andino y penetra como una línea dilatada en el territorio venezolano hasta diluirse casi en el centro geográfico del país. Hogar de la precolombina cultura sedentaria timoto-cuica, una supervivencia periférica de los chibchas colombianos, los Andes venezolanos han predeterminedo buena parte de la historia contemporánea del país. Su gentilicio es más bien continental y sus formas culturales son más bien cerradas. La reserva y el cálculo son dos de las divisas de esta apuesta civilizatoria. Una tercera tensión es la que divide el país entre la zona costera y el Sur amazónico. Es la línea de depresión geográfica que damos por llamar los Llanos. Región de extremos –extenuantes sequías en verano e impredecibles inundaciones en invierno– los Llanos preservan el carácter épico de la cultura venezolana. Sus habitantes son figuraciones de la propia tierra y, desde los tiempos de la guerra de Independencia, personajes enigmáticos pero determinados. La cuarta y última tensión, verdadera *terra incognita* del presente actual, es toda la porción de tierra que crece a manera de jungla, cascadas prodigiosas y etnias segregadas, al sur del río Orinoco. Casi la mitad del territorio nacional respira virgen como un escudo que aún resiste las oleadas civilizatorias y los desmanes ecológicos que llegan desde el Norte. El Sur selvático venezolano preserva intacto el mito de Eldorado y nos permite una figuración palpable de la otredad. Mientras permanezca, el concepto de la alteridad, de la extrañeza, seguirá ocupando las páginas de nuestras novelas o las imágenes de nuestros artistas. En el seno de nuestro imaginario, la selva indomable nos recuerda que podemos siempre volver al origen y perder nuestros nombres.